

Núm. 14



El evangelio de Marcos

El camino del discípulo de Jesús

Josep M. Soteras

DOCUMENTS D'ACO

Plan de Formación-3

Números publicados en esta colección:

- 1 **La autenticidad militante** - Teodor Suau
- 2 **Jesucristo hace posible el hombre y la mujer nuevos y los impulsa al compromiso** - Xosé A. Miguélez
- 3 **El estudio de evangelio** - Florenci Costa
- 4 **La revisión de vida** - Josep Soler Llopart
- 5 **La evangelización** - Julio Lois
- 6 **Ser responsable en ACO** - Comisión de Formación
- 7 **Acoger a la persona en su dignidad de hija de Dios** - Oriol Xirinachs y grupos de revisión de vida de ACO
- 8 **Leer los evangelios hoy** - Agustí Borrell
- 9 **Ser militante hoy** - Diversos autores
- 10 **50 años: la experiencia actual de ACO** - Dieciocho testimonios
- 11 **El retrato del movimiento. Reflexiones a raíz de la encuesta realizada a los militantes de ACO**
- 12 **Ser consiliario o consiliaria en ACO** - Comisión de consiliarios
- 13 **Viuem en Déu. Record dels nostres difunts** - Autors diversos

El evangelio de Marcos
El camino del discípulo de Jesús
Josep M. Soteras

SUMARIO

INTRODUCCIÓ

LA OPCIÓ FUNDAMENTAL DE MARCOS

Preguntas

EL LECTOR "VIRTUAL"

Un catecúmeno

Un catecúmeno de origen gentil

El catecúmeno gentil, modelo para toda la comunidad

Preguntas

ETAPAS DEL ITINERARIO ESPIRITUAL DEL DISCÍPULO

DIOS

LA LLAMADA

LA CRISIS

Crisis a causa de la palabra de Jesús

Crisis a causa del proyecto de Jesús

Crisis a causa de la persona de Jesús

LA VISIÓN



Hace un par de años, iniciando el Plan de Formación de ACO, publicábamos en esta misma colección el libro “Leer los evangelios hoy”, que quería ser una ayuda para conocer mejor cómo fueron escritos los evangelios y cómo podemos acercarnos a ellos con mayor provecho.

Ahora, con este nuevo libro, queremos dar un nuevo paso en este mismo sentido, profundizando en uno de los cuatro evangelios, el de Marcos, que es el primero que se escribió. Y ahora ya no como una introducción general, sino como una invitación a ir descubriendo poco a poco las líneas maestras del relato, buscando las citas que se indican, profundizando las distintos textos y temas, respondiendo también a las preguntas que aparecen.

Sobre este libro haremos, con el autor, unas sesiones de trabajo en el local del movimiento. Pero también será útil trabajarlo en el grupo o en la zona. Y para hacerlo se pueden seguir los pasos siguientes, semejantes a los que indicamos para el libro “Leer los evangelios hoy”:

1. Cada uno lee estas páginas anotando: a) cosas que me parecen especialmente interesantes o novedosas; b) dudas, cosas que no entiendo, cosas que me gustaría discutir; c) respuestas a las preguntas que aparecen en el libro.

2. Nos reunimos y, con la ayuda de un experto, ponemos en común y profundizamos lo que hemos anotado.

3. Cogemos algunos de los textos que se citan en el libro (u otros del mismo evangelio) y, con la ayuda del experto, intentamos profundizarlos.

INTRODUCCIÓN

En el libro *La redacción de los evangelios y la política eclesial*, traducido recientemente al castellano (Verbo Divino 2002), su autor, Gerd Theissen, explica en el prólogo que su “interpretación de los evangelios quiere demostrar que, al escribir la historia de Jesús de Nazaret, sus autores estaban guiando la vida de sus comunidades”.

Así pues, hay que tener en cuenta que la redacción de un evangelio evidencia una clara vocación formativa del evangelista para con la comunidad destinataria del escrito y, por tanto, ese propósito del evangelista resulta bastante más fácil de conocer y descubrir que la reconstrucción hipotética de la actividad formativa del Jesús histórico con el círculo originario de discípulos. Desde un punto de vista críticamente riguroso e históricamente plausible, tenemos que decir que la actuación de Jesús como guía de sus discípulos en un evangelio ejemplifica el proceso formativo que el redactor del evangelio propone para su comunidad, y en definitiva para el lector.

Así pues, antes de empezar, había que situar con precisión el alcance de esta presentación, y en propiedad debemos decir que nuestra humilde pretensión es la de vislumbrar algunos aspectos significativos de esta “pedagogía” de Marcos con la que él quería formar una comunidad auténticamente apostólica y que, en su escrito, están personalizados por el mismo Jesús. En último término, también podemos considerar que, probablemente, Marcos puede ser para nosotros un modelo proporcionalmente más asequible a nuestras posibilidades, no sólo de búsqueda histórica, sino de inspiración, sabiendo que todos los distintos modelos originarios (de los evangelios o de las cartas) apuntan en última instancia al modelo por excelencia, el único Maestro y Señor, Jesucristo.

La opción fundamental de Marcos

Si damos por buena la datación aún hoy más aceptada para la redacción de este evangelio (el año 70 después de Cristo), y que fue escrito fuera de Palestina, podremos hacernos una ligera idea de algunos aspectos que focalizaban la vida de esta antiquísima comunidad cristiana:

- la desaparición de los testigos directos que conocieron a Jesús dificulta la verificación de la autenticidad de las tradiciones sobre Jesús que transmiten los predicadores ambulantes,

- la rivalidad entre las comunidades de Palestina y las de fuera de Palestina sobre la autenticidad y el carácter genuino de la experiencia cristiana y la legitimidad de los propios usos, costumbres y tradiciones; según las comunidades que vivían fuera de Palestina (en la llamada “diáspora”), en la distancia se discierne mejor lo esencial de la fe,

- pero la convivencia con el mundo pagano plantea graves interrogantes sobre los límites de la inculturación, es decir, sobre qué hay que incorporar de las formas de pensar y de vivir de la cultura pagana y en qué hay que resistir...

- la destrucción del Templo de Jerusalén “y sus torres”, evidencia el hundimiento de certezas tradicionales, quizás criticadas, pero hasta entonces vigentes y puntos de referencia obligados,

- y, finalmente, el retraso de algunas expectativas muy vivas hasta entonces, la aparición de atractivas teorías que rivalizan con las concepciones de siempre, una situación pública y legal precaria, una estructura comunitaria poco consolidada, discutida y muy diversificada y, además, la pérdida del vigor inicial, con la aparición de síntomas claros de monotonía, agotamiento y rutina...

¿Cómo afrontar todos estos retos? Había que volver a las fuentes del evangelio, pero, ¿A QUÉ EVANGELIO?

Pablo ya había procurado definirlo en sus cartas y, después de él, nuevas propuestas seguían apareciendo, y cada vez más complicadas (empieza a aparecer una teología especulativa cada vez más alejada de la vida ordinaria de los creyentes)...

Podía optar por una reforma litúrgica que simplificase

ritualismos, o por una reforma doctrinal que retornase a un catecismo de verdades básicas, o por una reforma ética que promulgase un código de mínimos...

Nada de eso. Fue mucho más radical: Vivir el evangelio significa retornar a JESÚS DE NAZARET, hecho historia de nuestra historia.

Había que restaurar la relación personal con una persona y, para hacerlo, había que recuperar la experiencia original de los discípulos en su seguimiento (año 30) y rehacerla a través de la lectura (año 70).

No sirve un tratado doctrinal que sólo implica la razón, ni tampoco una crónica que te deja prisionero del pasado... Tenía que ser un relato, una historia, una narración que recuperase la frescura y la ternura de los orígenes para el presente del lector, de forma que en el proceso de la lectura se pudiese reconstruir la experiencia genuina de los primeros discípulos, y así perpetuarse de generación en generación. Al redactar su evangelio, el autor propone una guía para hacer hoy de nuevo la experiencia de Jesús.

Con esta intención, Marcos recoge los fragmentos de tradición dispersos, los retoca, los ordena, elabora los enlaces precisos, añade los elementos necesarios para obtener una secuencia narrativa transformadora para el propio lector, como lo fue el proceso vivido por los discípulos junto a Jesús. Aquel seguimiento creó una relación personal con ÉL, que Marcos quiere recuperar para el lector, a través de un proceso semejante, idóneo para su presente (y no lo sería el simple recuerdo conmemorativo de los episodios verificados en el pasado: no sirve la simple crónica historiográfica).

Con lo que llevamos dicho, quizá podremos comprender mejor por qué en la narración de Marcos predomina el “presente histórico”. Aquello que sucedió en el pasado, sigue vigente en el hoy del lector, y esta percepción enlaza con la concepción judía de “memorial”, acontecimiento del pasado que se actualiza en el presente de los que lo recuerdan. Y enlaza también con la concepción semítica del “tiempo”: al contrario que en nuestra cultura, el futuro está “detrás”, porque aún está por descubrir y, por tanto, avanzamos de espaldas fijando la mirada en el pasado, fiados de las certezas ya plantadas en él.

El resultado de todo ello fue tan original y creativo que, sin pretenderlo, Marcos se convirtió en el creador de un nuevo género literario. Las estructuras literarias vigentes en la época no fueron suficientes para contener la novedad de su intuición, y reventaron para dar a luz al género “evangelio” (aunque con múltiples conexiones con otras formas literarias, pero ninguna de ellas puede contener ni explicar las soluciones adoptadas en el género “evangelio”). Novedad, creación, intuición... todo son indicios que apuntan a la presencia del Espíritu como protagonista discreto de este proceso, y de un autor humano que se va abriendo a su acción.

Sin el recuerdo de Jesús, la fe cristiana pierde su esencia y se hace vulnerable a cualquier ventolera; pero, sin Espíritu, el recuerdo de Jesús se convierte en esclerosis múltiple, la vida se estanca y se pudre. Sólo el Espíritu puede garantizar la fidelidad de un recuerdo de Jesús que llene de vitalidad nuestro hoy.

Preguntas

Esta primera sección plantea una serie de preguntas a nuestra misión de evangelizadores:

- ¿Qué es el evangelio para ti?
- ¿Cuál es tu evangelio?
- En medio del complejo entramado de vinculaciones que tejen nuestra vida, ¿qué lugar ocupa la vinculación personal a Jesucristo?
- De ese conjunto de vinculaciones, ¿cuáles las vives incorporadas a esa relación personal con Jesucristo y cuáles quedan al margen?
- ¿Cuáles son tus relaciones con el pasado, el presente o el futuro? Tiendes a rehuirlo, magnificarlo, menospreciarlo, evadirte... o a sentir amargura, miedo, angustia, ilusión, agradecimiento...?
- A las personas con las que tenemos relación y a las que queremos anunciar el evangelio, ¿les proponemos sólo “tareas” o esencialmente un seguimiento de Jesús que se proyecta en misión?
- ¿Qué lugar ocupa el evangelio en esta propuesta de seguimiento?

Un catecúmeno

Al recoger la tradición clásica sobre la predicación de Jesús, Marcos parece poner al lector en situación de iniciación: muchas cosas se han dicho y escrito desde el año 30, pero parece evitarlas; a primera vista, ningún discurso de las cartas de Pablo, ninguna elaboración de las nuevas corrientes doctrinales...

La primera impresión para el lector de la época podía ser la de una recopilación de lo más tradicional destinado a la instrucción de los catecúmenos (es decir, de los que se iniciaban en el camino cristiano), pero con el atractivo de un hilo narrativo.

El título parece confirmar esta percepción: "Comienza la Buena Noticia de Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (1,1).

Es interesante observar que este título tiene algo que ver con una inscripción descubierta en Priene (cerca de Éfeso, en la antigua región de Asia Menor, hoy Turquía), que data de los inicios del siglo primero, contemporánea de Jesús, y que expresa la euforia del imperio romano con el éxito del primer emperador, Augusto: "La Providencia ha suscitado y adornado maravillosamente la vida humana dándonos a Augusto, lleno de virtudes, para convertirlo en benefactor de los hombres, en nuestro Salvador, nuestro y de quienes vendrán después de nosotros, para hacer que cese la guerra y establecer el orden en todas partes. El día del nacimiento de este dios ha significado para el mundo el comienzo de la Buena Noticia que ha llegado gracias a él". Parece evidente que, para la comunidad de Marcos, confesar a Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, tenía connotaciones políticas y podía ser una proclamación alternativa a la del imperio: lo que Augusto representa para el imperio, Jesús lo es para nosotros y aún mejor. No resulta difícil imaginar el riesgo de una confesión que podía ser vista como una provocación. No son estas, por tanto, unas palabras irrelevantes o evasivas respecto al entorno del momento, sino claramente comprometedoras.

Un catecúmeno de origen gentil

Dicen los especialistas que detrás del evangelio de Marcos adivinamos una comunidad mixta, mayoritariamente de origen gentil (o sea, no judío), y con un grupo pequeño, pero relevante, de creyentes de origen judío. Resulta fácil imaginar a estos últimos en posiciones clave de la comunidad o reivindicando explícita o implícitamente el reconocimiento de su categoría de “antiguos creyentes”, herederos, también por la sangre, del pueblo elegido y, en cierta medida, intentando encajar la progresiva pero implacable reducción de su influencia en la comunidad.

Estos judíos creyentes en Jesucristo no han “cambiado de Dios”, sólo pretenden acceder a él por un nuevo camino. En cambio, los paganos (las palabras “pagano” y “gentil” significan lo mismo) que llaman a la puerta trayendo, según ellos, aún más convicciones religiosas porque sus dioses son muchos, saben que están pidiendo entrar en una tradición religiosa distinta a la suya y, en consecuencia, algo deberán cambiar radicalmente. Por ello, implícitamente, están abiertos al “cambio de dios”. A medida que avanza el evangelio, vemos cómo los gentiles van adquiriendo mayor protagonismo, hasta el punto de que la confesión de fe por excelencia de este evangelio anunciada en el título (1,1), será formulada por el centurión pagano ante la muerte de Jesús (14,39), mientras que la confesión formulada por Pedro, un judeocristiano, recibe una dura recriminación (8,27-33).

Así pues, según parece, Marcos destina su evangelio a un lector pagano abierto al cambio, que está en proceso de formación, en situación de catecumenado (sin duda algo habitual en su comunidad, mayoritariamente paganocristiana). Este parece ser, por tanto, el lector virtual, el destinatario primordial en la mente de Marcos.

El catecúmeno gentil, modelo para toda la comunidad

Ahora bien, Marcos destina su evangelio a toda la comunidad (tanto a los miembros de origen judío como gentil), sencillamente porque no tenían otro a su disposición. Por tanto, la obra está tratando a la comunidad entera como si se encontrase en

situación de catecumenado, y concretamente en el lugar de los catecúmenos más impuros, los de origen pagano.

Para Marcos, este es, por tanto, el prototipo de discípulo cristiano: el que viene de fuera y lo sabe, y, aunque tenga muchas ideas sobre Dios, está dispuesto a aprenderlo todo y, si es necesario, a abandonar su forma de pensar, porque reconoce tener una mentalidad “de fuera”, y está llamando a la puerta de una tradición religiosa distinta de la suya.

El itinerario que los distintos personajes realizan en el evangelio hacia la fe es paralelo al itinerario de este catecúmeno. Estos personajes son, así pues, la representación de este catecúmeno, y este catecúmeno es la representación del lector real, el cual no está directamente representado por el grupo de discípulos, sino que sólo tendrá acceso al grupo de discípulos si ocupa “el lugar” -existencial- del catecúmeno pagano.

Sólo con los ojos del catecúmeno y con su corazón es posible realizar el itinerario que propone el evangelio y tener una experiencia genuina de encuentro con Jesús.

Preguntas

- ¿Qué esperas de Dios?
- ¿Qué expectativas tienes para creer en Él, para dedicarle la vida?
- ¿Qué crees que te puede ofrecer?
- Y, si todo eso que esperas no sucede, ¿qué pasa?

Cuando tenemos demasiado claro lo que esperamos de Dios, ¡qué poco podrá sorprendernos!!!

• Pero, y si Dios no fuese nada de todo esto, ¿cómo lo podrías reconocer?

No somos mejores que el catecúmeno de la comunidad de Marcos: de hecho, cuando llega a la comunidad, no deja nada, trae consigo todas sus expectativas y las quiere ver cumplidas aquí. Le parece encontrar suficientes garantías para satisfacer aquí sus deseos, y por eso quiere entrar.

En consecuencia, el catecúmeno no viene tanto a convertirse (“metanoia”), sino a convertir (modelar, configurar...) la realidad, y

al propio Dios, según el modelo que ya lleva dentro. Hará lo que sea necesario, pero para lograr el favor de Dios, es decir, para poner a Dios a su favor o, mejor, para convertir a Dios a su deseo. Viene para conseguir desde fuera lo que ya lleva dentro.

Marcos deberá conducir a este catecúmeno para que se pueda encontrar con un Dios distinto del que ya tiene, un Dios vivo y siempre nuevo.

Pongámonos nosotros en el lugar de este catecúmeno y sigamos de cerca su proceso de aproximación, de conversión. Sólo podremos acceder a la categoría del discipulado si nos ponemos en el “lugar” (= actitudes vitales) del catecúmeno que Marcos quiere iniciar y acompañar. Querer acceder directamente, desde cualquier otra situación, es perderse.

ETAPAS DEL ITINERARIO ESPIRITUAL DEL DISCÍPULO

Marcos parece proponer un itinerario para ir formando al lector, en un camino paralelo al de los discípulos de Jesús y de los demás personajes esporádicos. Podemos identificar las etapas de este recorrido con las siguientes palabras:

- a) Dios
- b) Llamada
- c) Crisis
- d) Visión

Dios

¿Qué lugar ocupa Dios en el camino catecumenal que propone Marcos?

¿Cómo educa el sentido de Dios?

¿Qué imagen transmite?

En primer lugar, sorprende el silencio de “Dios”. En este cuadro se indican las veces que sale la palabra “Dios” y “Padre” en cada uno de los evangelios:

	Mc	Mt	Lc	Jn
Dios	37	46	108	60
Padre	13 (5=Dios)	60	48	170

No debe extrañar que la palabra Dios aparezca tan pocas

veces en este evangelio, si pensamos en la situación del catecúmeno pagano: tiene muchos dioses y un sentido religioso muy desarrollado: más bien tiene exceso de “dios”. Hablando demasiado de Dios, Marcos corre el riesgo de ser mal entendido, y opta por el silencio, dejando en el centro de la escena, desnuda, en el desierto (1,4.12), la única imagen autorizada de Dios: Jesús.

Otra observación que sorprende es la distribución a lo largo de la obra. La palabra “Dios” se hace cada vez más rara; vemos una progresiva ausencia desconcertante:

Mc 1-9	19 veces	19 veces en 9 capítulos = 2 veces per capítulo y casi siempre en expresiones fijas, gramaticalizadas: «reino de Dios», «santo de Dios», «glorificar a Dios», «casa de Dios», «Hijo de Dios», «voluntad de Dios»
Mc 10-13	13 veces	Breve catequesis bíblica sobre Dios: sólo afirmaciones básicas propias de una iniciación elemental sobre el Dios bíblico
Mc 14-16	5 veces	Ausencia de Dios: 5 veces y todas en expresiones fijas

Marcos evita al máximo una palabra que suscita resonancias demasiado prefijadas. Habrá que preparar al lector para abrirse a la novedad, a la diferencia, a la alternativa. Sólo abrir la primera página del evangelio (1,2-15), todo llama a la novedad y se presenta sucesivamente a un ritmo trepidante: la Palabra de Dios presenta a Juan (1,2-3); Juan presenta a Jesús (1,4-8); Dios presenta a Jesús (1,9-13); y Jesús presenta el Reino (1,14-15).

Esta realidad nueva que llega, sólo podrá ser captada a través de la superación de los antiguos esquemas, de las viejas expectativas, de las ideas preconcebidas... Aquí encontramos la doble llamada a la META-NOIA (“ir más allá de lo ya pensado”): primero, de Juan (1,4) y, luego, de Jesús (1,15).

Finalmente, también Dios, en una de las dos intervenciones directas en la obra, en la escena del Bautismo (1,9-11), aparece para confirmar al lector la llamada a superar su ideal de “virtud”, y a aprender de esta imagen divina con la que Él se encuentra tan a gusto. Dios mismo indica al lector que, a partir de este

momento, la imagen más ajustada a su propia realidad será la de Jesús (“Tú eres mi Hijo, mi amado, mi predilecto” (1,11), por muy divergente que parezca respecto al Dios que la tradición siempre ha presentado. Parece decir: “Cuando en los próximos capítulos veas a Jesús que se enfrenta a las normas de pureza ritual y a los dogmas consagrados del judaísmo... por muy escandalosa que te parezca su conducta, ten en cuenta que se corresponde con lo que Yo quiero, se ajusta totalmente a mi modo de ser, me satisface, me siento a gusto, me complace...”.

Y, efectivamente, a partir de este momento veremos a un Jesús metido en una trepidante actividad apostólica (1,21--3,12), pero siempre transgrediendo alguna norma ritual... “¿no podría hacer lo mismo respetando lo establecido?”, puede preguntarse el lector de origen judío, mientras el gentil lo mira de reojo, divertido, comprobando que el propio Dios ha superado el antiguo sistema y es más flexible que la mentalidad humana...

Un ejemplo de las transgresiones en el episodio del paralítico (2,1-12):

Dogma judío	Propuesta evangélica
Sólo Dios perdona	Jesús, un simple rabino, hace accesible el perdón.
Sólo se perdona en el templo	Jesús perdona “en casa”. Dios no está vinculado a un lugar sagrado. Todo el espacio, cualquier lugar, es idóneo para la salvación.
Sólo los sacerdotes pueden celebrar los rituales propiciatorios de la expiación.	Jesús no es sacerdote. Dios no está vinculado a una clase o casta. Dios se universaliza en Jesús.
Sólo se expían los pecados a través de rituales y sacrificios propiciatorios.	Jesús perdona con su palabra. Dios no es magia: es relación, es comunicación, diálogo, fraternidad...
Sólo se perdona un día al año (Yom Kippur) y en la celebración ritual del templo y prostración del gran sacerdote.	Jesús perdona un día cualquiera del año: no es fiesta, ni siquiera sábado. Dios no está vinculado a un tiempo sagrado. Todo el tiempo, cualquier momento, es idóneo para la salvación.

En esta primera sección de su evangelio, Marcos crea la impresión de una irrupción poderosa de Dios en la historia humana, una fuerza que lo llena todo, incluso los terrenos ya conquistados por el mal, y lo hace con “prodigios y señales”, como deseaba la tradición judía para el “mesías”, pero siguiendo una estrategia discutible, que rompe los moldes previstos y suscita un interrogante sobre la legitimidad de tal comportamiento, sobre todo en aquellos más enganchados a las promesas de Dios: los judíos más religiosos. Estos sólo podrán seguir leyendo este evangelio tragando mucha saliva, y esperando que el temporal acabe pronto. Los gentiles de la comunidad siguen complacidos la lectura, viendo cómo se les acercan las promesas de Dios, que hasta ahora los judíos habían retenido.

La llamada

Después del prólogo (1,1-13) y de la perícopa de transición (1,14-15), lo primero que hace Jesús es llamar a unos discípulos.

Desde el punto de vista histórico, parece razonable pensar que la llamada fue resultado de la primera etapa de predicación, pero Marcos da a entender que, en la práctica, Jesús no actúa sin discípulos. Jesús lleva a cabo su misión en medio de su comunidad, actúa con ella. Tan fuerte es esa conciencia, que en el único momento en el que Jesús queda solo (cuando envía a los discípulos de dos en dos: 6,6-13), Marcos detiene la narración sobre Jesús, para introducir la historia del Bautista (que ya es anacrónica: cf. 1,14; 6,16). Jesús no hace nada mientras ellos están fuera (6,14-29) y retoma la actividad en cuanto vuelven de su misión (6,30).

En el inicio del evangelio encontramos relatos explícitos de vocación, en el lago (1,16-20; 2,13-14) y en la montaña (3,13-19), pero estos episodios no agotan las llamadas de este evangelio, ya que más adelante en muchos momentos encontramos llamadas implícitas y que constituyen la evolución de estas llamadas iniciales.

Veamos algunos elementos significativos de las llamadas en el lago, sin pretender ser exhaustivos:

1,17-20	Interpretación
«Seguidme»	Se trata de seguir a una persona, no una causa.
«y os haré (llegar a ser) pescadores de hombres»	<p> Pasar de «trabajar como pescadores» a «ser pescadores»: pasar de «hacer» un trabajo a «ser» algo. Es una llamada a ser, a la interioridad, a lo profundo, al centro personal... no a una conducta, a unas actividades, a unas formas.... aunque el cambio en el ser tendrá consecuencias a nivel exterior. ¡Es distinto “hacer de apóstol” o “trabajar como apóstol”, que “ser apóstol”! También cambia lo que se “pesca”: de objetos a seres. Se entra en contacto con las personas, y no sólo con objetos, trabajos, responsabilidades que hay que llevar a cabo. Cambia el resultado de la actividad: de la subsistencia (consumo alienante) pasamos a la relación personal. El valor de la persona no se mide tanto por lo que logra acumular (hacer), sino por lo que logra desarrollar (ser). En el fondo, Jesús llama a volver al propio mundo: a la pesca, pero desde otra óptica (“id a Galilea”, 16,8). Todo lo que se deja por Dios se encontrará después en Él, transformado.</p>
«Ellos, inmediatamente, dejaron las redes y le siguieron».	<p> Esta inmediatez no se corresponde con lo que es el proceso normal de este tipo de decisiones en la historia de las personas.</p> <p> Este elemento da a entender que nos encontramos ante un relato que interpreta teológicamente la experiencia histórica de la llamada, cuyas circunstancias han quedado enterradas en la noche de los tiempos, sin duda porque no resultaban relevantes para la vida de la comunidad.</p> <p> Marcos interpreta la experiencia de la llamada según el modelo de una de las grandes teologías que han inspirado todo el Antiguo Testamento y han sido motor de su espiritualidad: la teología de la creación.</p> <p> a) “Dijo Dios... y así fue”</p> <p> El capítulo primero del Génesis, está construido sobre el modelo de la palabra humana más eficaz: la de un juez cuando dicta sentencia. Según esta teología, la palabra de Dios se identifica con su actuar. En Dios, “decir” y “hacer” es lo mismo. O, dicho de otro modo, Dios habla, actuando. Por tanto, entre la orden de Jesús (que ocupa el lugar de Dios) y su cumplimiento, no puede haber ningún estorbo, ninguna separación, ningún compás de espera.</p> <p> Nos encontramos ante una nueva creación: con la llamada, Dios crea al discípulo; no es la respuesta lo que le convierte en discípulo, sino la llamada: la llamada crea la respuesta. La respuesta del discípulo es don de Dios, y no conquista humana.</p>

	<p>La llamada de Jesús es puesta en paralelo con la llamada de Dios en el Génesis: si esta es a la existencia, aquella es a llenarla de sentido, de valor, de color, de contenido...</p> <p>b) “y vio Dios que era bueno”</p> <p>En el capítulo primero del Génesis, Dios es presentado según la imagen o función de un juez-sacerdote que gobierna-juzga con la “palabra” y, de este modo, más que un relato de creación es un relato de consumación (el juicio final), el proyecto final que la creación está llamada a desarrollar. Y el veredicto que Dios proclama sobre este proyecto consumado es de inocencia: “y vio que todo era bueno”.</p> <p>La “llamada” no es sólo el punto de partida de una historia de amor, sino el destino final, el proyecto consumado, aquello que habrá que desarrollar a lo largo de una vida... con la confianza de que Dios pronuncia sobre esta historia un veredicto saludable.</p>
--	---

Jesús comienza su ministerio público con la llamada a unos discípulos (1,16-20) que viven en una situación sencilla pero honesta (el oficio de pescador puede inscribirse entre los respetables, y más en una familia de armadores).

En los episodios siguientes, Jesús se encuentra con una serie de personajes que ejemplifican las exclusiones sociales: endemoniados, leprosos, enfermos, mujeres y publicanos. Una vez presentado un ejemplo de las distintas causas de rechazo (posesión, enfermedad, sexo o profesión), Marcos coloca un episodio para afirmar que estos marginados no son sólo objeto de la salvación (receptores pasivos), sino de elección para llegar a ser de los suyos (sujetos activos en el anuncio del Reino): la vocación de Leví (2,13-14).

Finalmente, con la llamada a los doce (3,13-19), Marcos deja claro que la expresión perfecta del seguimiento es el GRUPO, la comunidad. El emblema del discípulo son los “doce”, un grupo, no una persona o unas acciones.

- **Identidad personal:** Ahora bien, no se trata de un grupo alienante en el que la persona se diluye y pierde su identidad personal. Marcos dejará muy clara la personalización del grupo cuando se extiende presentando, por su propio nombre, a cada uno de los llamados. En esta cultura, “nombrar” es dar existencia

y crear un vínculo único, íntimo y personal. Incorporarse a la comunidad de Jesús no anula a la persona, sino que enriquece su identidad hasta el punto de poder llegar a transformarla (Simón recibe un nuevo nombre: 1,16).

- Identidad del grupo: Y, al mismo tiempo, no se trata de un grupo impersonal, masificado, sin identidad propia: al indicar repetidamente la presencia de los “doce”, queda claro que la comunidad de Jesús se presenta en su entorno con perfiles propios y bien definidos, identificables, incluso cuantificables, es decir, con una personalidad vinculada estrechamente a la identidad de Jesús, del cual deberá ser la viva expresión (cf. 3,14-15).

A partir de este momento, los discípulos acompañarán a Jesús en todo su recorrido: será el propio camino de Jesús el que los formará, compartiendo su actividad y su vida. Por tanto, no es tanto su itinerario hacia el evangelio, sino más bien el itinerario que el evangelio hará en ellos.

Con todo, Marcos presenta distintos episodios en los que Jesús tiene interés en realizar algo específicamente para ellos: una explicación (4,10), una misión (8,7-13), descansar (6,31), cenar (14,13-15), rezar (14,33)... La comunidad de Jesús ha sido creada para una MISIÓN hacia el pueblo (“doce” es el número que significa “pueblo”, evocando las doce tribus de Israel; recuerda la razón de ser del grupo y el destinatario final de su acción), pero también tiene una vida íntima, una vida interna que lo alimenta.

Superados estos primeros capítulos que podríamos llamar “constitutivos” respecto a la comunidad de Jesús, encontraremos en el evangelio de Marcos una serie de personajes esporádicos que ejemplifican alguna actitud propia del discípulo (un padre, una mujer extranjera, un sordomudo, un ciego...), y que pretenden condensar el proceso de fe que se propone al lector en cada punto de la lectura. El lector verá cómo los discípulos son cada vez más obtusos ante Jesús y, en cambio, distintos personajes le ayudarán a identificar las distintas etapas y actitudes de su propio camino de fe. La finalidad de estas llamadas no es ponernos al corriente de la historia de este personaje (no se puede pretender esto con un solo episodio), sino la de ejemplificar el proceso de respuesta o el itinerario, que el discípulo-lector está llamado a recorrer, además

de iluminar y profundizar alguno de sus múltiples aspectos, ya sea en positivo o en negativo. Además, en la segunda parte, encontramos las llamadas al seguimiento de la cruz (8,34-38), a permanecer velando con él (14,34) y a seguirle hacia Galilea (16,7).

Todo el Evangelio comienza y termina con una llamada al Reino (1,14-20) y al seguimiento (16,7).

Todo el Evangelio es una gran llamada, una vocación descomunal.

La crisis

En este evangelio se desplaza el sentido penitencial: mientras que la predicación del Bautista tiene este tono en los textos paralelos de los demás evangelios, aquí se convierte en una llamada a abrirse ante la novedad de Dios que se presenta en Jesús, y a dejarse llevar por la alegría de este anuncio. En Marcos, la crisis y el proceso para integrar el aspecto duro y penoso de la vida aparecerán en el camino, no antes de entrar en él.

Crisis a causa de la palabra de Jesús: exorcismo del cuerpo, pero también de la mente y del corazón

Ya hemos visto que, en el inicio de su actividad, Jesús expulsa muchos demonios del cuerpo, pero en la forma de hacerlo provoca una serie de transgresiones que pretenden liberar la mente y el corazón del lector judeocristiano de las “posesiones diabólicas” de una tradición que no le deja libre para reconocer al Dios que se revela en Jesucristo. En esta etapa, su hermano de origen gentil, al estar libre de esos lazos, lo puede ayudar con eficacia.

Llegados al capítulo 4, este lector paganocristiano queda aún más satisfecho al ver que Jesús inicia su predicación en parábolas, en la que el pensamiento, la agudeza mental y la reflexión sapiencial son los protagonistas, y eso corresponde a una de las habilidades más cotizadas de su propia cultura: la filosofía. Si los judíos buscaban “signos” (1,21--3,6), los gentiles valoran la “sabiduría” (4,1-34), como ya había dicho Pablo (1 Cor

1,22). Desautorizada la ley, ahora se impone la sabiduría. Este lector se siente verdaderamente destinatario privilegiado de este evangelio: en este terreno, los judíos “jugaban en campo contrario” y, con todo, ya comenzaban a encontrarse a gusto, pese al sabor helenista de esa sabiduría.

Al final de la parábola del sembrador, Jesús explica el porqué de las parábolas y lo hace mediante un texto profético (4,10-12; cf. Is 6,9-10), que los tradicionalistas judíos siempre habían aplicado a los gentiles: “La palabra de Dios es oscura, para que los de fuera no se puedan convertir, ya que la salvación es sólo para los judíos de sangre”. El lector de origen gentil observa estupefacto cómo Jesús comenzará a revelar el sentido de las parábolas a su comunidad, la comunidad de Marcos, y aquellos que siempre se habían considerado dentro del proyecto salvador de Dios se van quedando fuera, visto el rechazo que lideran en los capítulos anteriores. El evangelio trastorna el orden establecido: los que se creían dentro quedan fuera; los de fuera, ahora resulta que están dentro. Está claro que el autor acaba de ganarse el favor de su público gentil: es la “captatio benevolentiae”. Los clásicos de la oratoria enseñaban que, para vencer la resistencia del destinatario a una propuesta, hay que decirle primero lo que le gusta, para que termine aceptando aquello que no quiere oír. San Ignacio lo expresaba así: “Entrar con la suya, para salir con la nuestra”.

Con todo, llama la atención la insistente advertencia de Jesús a permanecer atentos a cómo se escucha, y a no fiarse de lo que se ha creído entender: “Quien tenga oídos para oír, que oiga” (4,9); “Si alguien tiene oídos para oír, que oiga” (4,23); “Atención a cómo escucháis” (4,24); “Les estuvo exponiendo el mensaje, según lo que podían oír” (4,33); “¿Por qué sois tan cobardes? ¿Cómo es que no tenéis fe?” (4,40).

Terminado el capítulo, Jesús vuelve a la acción, proclamando así que la fe no puede quedar reducida a una sabiduría curiosa, y a menudo deberá dirigir a sus discípulos (y al lector) la misma recriminación que antes aplicaba a los judíos de fuera de la comunidad: “No habían comprendido lo de los panes” (6,52); “¿Tampoco vosotros sois capaces de entender?” (7,18). Y se llega al clímax cuando Marcos aplica el texto de Isaías 6,9-10 a su comunidad: “¿No acabáis de entender ni comprender? ¿Tan

cerrados sois? ¿Para qué tenéis ojos, si no veis, y oídos, si no oís?” (8,17); “¿Aún no lo entendéis? (8,21).

El Jesús de Marcos se esfuerza en demostrar que tu sabiduría no es más que una ignorancia. De nuevo se ha vuelto la situación al revés, ahora para los gentiles de su comunidad: “Si pensabais estar dentro, entonces estáis fuera”, parece decir Marcos, y también: “Mientras penséis que habéis entendido, no saldréis de la ignorancia y no entraréis en el Reino”.

Y en ese clima de controversia sobre la comprensión del Reino, llega la escena-bisagra del evangelio, el episodio que cierra la primera parte y abre la segunda: la confesión de Pedro (8,27-30).

Crisis a causa del proyecto de Jesús: controversia por la estrategia y el estilo de vida de Jesús

Ya hemos visto en el inicio de su actividad, desbordante y llena de éxitos, que Jesús se enfrenta repetidamente con los demonios, los cuales confiesan su vinculación con la divinidad... pero Él les manda callar. Al llegar al capítulo 8, cuando el éxito ya no es tan claro y en el horizonte aparece la duda y la confusión sobre el mensaje que suscita y la posibilidad del fracaso, aparece la pregunta: “¿Quién dice la gente que soy yo?” (8,27). Por primera vez un hombre, y no un demonio, podrá revelar con una mínima “verdad” su identidad: “Tú eres el Mesías”. Es una confesión de matriz judeocristiana (como Pedro) aún tan vulnerable a la ideología del éxito, que Jesús impone de nuevo el silencio (8,30), y cuando intenta explicarlo, dando a entender que el compromiso de Dios con el hombre puede pasar por caminos poco vistosos y por el fracaso (8,31), Pedro se atreve a exigir un cambio de estrategia (8,32) que asegure el triunfo final de su empresa. Jesús tendrá que lanzarle un exorcismo, “¡Quítate de mi vista, Satanás!” (8,33), para ahuyentar el afán de triunfo que lo tiene poseído. Este episodio nos da la clave del llamado “secreto mesiánico”: toda proclamación mesiánica sobre el escenario del éxito, es simplemente diabólica, y Jesús la hará callar, aunque sea “formalmente ortodoxa”.

A partir de este momento, se agudiza la polémica en torno a la persona de Jesús: cambia de estrategia, reduce su actividad taumatúrgica y se inicia el declive que le llevará a la cruz. Jesús

deja de alimentar las falsas expectativas mesiánicas de un público que proyectó en Él unas esperanzas y unos deseos, a menudo muy alejados de los del corazón de Dios. Y Jesús opta por ser coherente con el mensaje que ha entendido de Dios, aunque le suponga serias dificultades. No busca el sufrimiento por el sufrimiento, que no es ningún valor; pero, si permanecer fiel implica sufrir, entonces no permitirá que la amenaza de un sufrimiento tenga poder sobre su compromiso a favor del hombre. No está dispuesto a sacrificar la coherencia y la fidelidad de Dios en nombre del éxito. Además, ¿qué utilidad podría tener el éxito alcanzado a costa de renunciar al proyecto que Dios le había confiado?

A medida que su propuesta entra en conflicto con las expectativas de los demás, la oposición va en aumento: al enfrentamiento con los demonios (1,13.25.32-34.39), se suma el de los fariseos (2,6.16.18.24), herodianos (3,6), familiares (3,21), doctores de la ley (3,22) y, en la segunda parte, incluso los discípulos se muestran cada vez más torpes: no quieren bajar de la transfiguración y no la entienden (9,5.10); no pueden curar al niño epiléptico (9,18.28); rivalizan sobre quién es el más importante entre ellos (9,33-37); pretenden tener la exclusiva ante el exorcista extraño (9,38-41); apartan a los niños de Jesús (10,13-16); se sorprenden de la palabra de Jesús (10,26); buscan influencias para asegurarse una buena posición (10,35-45). Progresivamente, su desorientación va en aumento hasta llegar a la ruptura y al rechazo: “Pedro, tomándolo aparte, se puso a regañarlo” (8,32); “Quien se avergüence de mí y de mis palabras... también el Hijo del Hombre” (8,38); “Discutían qué querría decir aquello” (9,10); “Ellos no entendían sus palabras” (9,32); “Los discípulos se asombraban, y los que seguían iban asustados” (10,32); “¿No habéis leído el texto de la Escritura: La piedra rechazada por los constructores...” (12,10); “Todos lo abandonaron y huyeron” (14,50); “¿No conozco a ese hombre que decís!” (14,71).

Cuando, ante el Sanedrín, ya no hay ninguna posibilidad de confundir su mesianismo con el éxito, el triunfo o el poder, no tiene ningún inconveniente en aceptar el título: “¿Tú eres el Mesías...? Sí, yo soy” (14,61-62).

La imagen de Dios que Jesús revela progresivamente es tan

desconcertante que se va quedando solo: son pocos los que renuncian a sus expectativas; la mayoría prefiere sus propios sueños sobre Dios antes que la realidad de Dios que tiene ante sí, en un Jesús de Nazaret cada vez más limitado.

Y el lector no lo tiene más fácil: no sólo se trata de unas ideas más o menos controvertidas, sino de encajar un proyecto vital que no excluye la posibilidad del fracaso histórico y del sufrimiento. Por eso Marcos, al principio de esta segunda parte, dará de nuevo una clave de lectura al lector mediante un relato paralelo al del Bautismo: la Transfiguración (9,2-13). Dios, por segunda y última vez, parece decir al lector: “Por mucho que la imagen de Jesús, a partir de este momento, te parezca aún más extraña y totalmente incompatible con la naturaleza de Dios, ten en cuenta que también aquí, y sobre todo aquí, responde a mi realidad más íntima, a mi identidad más profunda... Si me quieres conocer de verdad, si te quieres acercar a Mí, mira esta imagen, escúchala, no la rechaces... “Este es mi Hijo amado; escuchadlo” (9,7). Ojalá la imagen de Dios que tu fantasía ha creado no te impida descubrirme en la realidad, aparentemente limitada, de Jesús”.

Crisis a causa de la persona de Jesús: el fracaso personal

Paso a paso, llegamos al corazón del mensaje pascual. A través de los tres anuncios de la pasión (8,31; 9,31; 10,33-34), Marcos quiere preparar al lector para que pueda aceptar al Dios que se revelará en el final trágico de Jesús. La repetición triplicada del anuncio insinúa la plenitud del que está a punto de manifestarse en los acontecimientos finales de su vida (3 = plenitud). A los tres anuncios, corresponden también tres episodios en los que Jesús muestra su aceptación de una situación no querida pero sí plenamente asumida como consecuencia de su compromiso: la unción en Betania (14,3-9), la última cena (14,22-26) y la oración en Getsemaní (14,32-42).

Después de todo el proceso judicial degradante, la máxima confusión y desolación la encontramos expresada, en lenguaje apocalíptico, en el primer versículo del episodio de la muerte (15,33): toda la tierra quedó en tinieblas hasta la media tarde

expresa plásticamente el vacío de Dios patente en la agonía de Jesús. Ante este final, ¿hay algo que recuerde a la divinidad? El silencio de Dios es estridente. Su ausencia es tangible. La pregunta de Jesús (15,34) no obtiene ninguna respuesta: ante la trascendencia del momento, sólo encontramos la superficialidad de la burla inconsciente y despiadada (15,35-36).

El desenlace fatal se impone de forma irreversible: se trata de la aniquilación de la propuesta de Jesús, del descrédito de su persona, de la demolición del Dios que se había identificado con Él... en el fondo se trata del final de la fe. En el grito desgarrado de Jesús (15,37) ya no queda ningún rastro de divinidad, ni siquiera de “piedad” o de “virtud”; ningún agarradero que permita intuir levemente la presencia de un Dios escondido. Y es ante este icono, ante esta imagen tremenda, que la cortina del santuario se rasga de arriba abajo (15,38) y deja al descubierto el secreto más bien guardado del judaísmo, su núcleo más sagrado, el espacio más santo de los lugares santos, la identidad más íntima de Dios: “Realmente este hombre era Hijo de Dios” (15,39). Aquí llega a su culminación el segundo título que Marcos había atribuido a Jesús (1,1). Y es ante este cuadro estremecedoramente desnudo de Dios, que el centurión (creyente de origen gentil) descubre a Dios; precisamente ahora, cuando nada, absolutamente nada, sostiene esta confesión de fe. Estamos ante el acto de fe genuino, puro, sin ningún apoyo, sin ninguna coincidencia con las expectativas que acariciamos sobre Dios... En la cruz se estrellan todas. El centurión se encontró con el Dios que estaba detrás de la cruz, porque aceptó que sus sueños sobre la divinidad muriesen definitivamente en la cruz. A partir de ahora, nada podrá impedir el encuentro con la novedad de Dios que se le propone en cualquier situación, por desconcertante que parezca. Para el que permanece atado a sus ideales sobre Dios, en la cruz murió la propuesta del Dios proclamado por Jesús; para el que acoge la realidad humilde del Dios que se revela en la muerte de Jesús, sus imágenes de dios expiraron definitivamente en la cruz.

La visión

El evangelio no termina con el fracaso: hay un paso más que sólo será posible a través de la penetración del fracaso, y del

abandono de las propias seguridades (la ley, los prodigios, la sabiduría): es la etapa de la VISIÓN.

La muerte de Jesús no es plana, sino profunda: tiene reverso. La muerte no es sólo el triunfo del mal, sino también su límite, su fracaso. Si el compromiso de Jesús con Dios y con el hombre no cedió ante la amenaza de la muerte, si por amor su opción no refuló ante el riesgo de perder la vida, eso significa que este compromiso fue más fuerte que la misma muerte, la sobrevivió, quedó vigente más allá de esta frontera, donde el mal y el hombre ya no la pueden revocar. Sólo el que esté dispuesto a jugarse su destino personal está en condiciones de superar la lucha contra el mal: el que pierde el miedo a ser triturado por el mal resulta invulnerable, incontrolable.

Todo eso sólo se capta si se va más allá de la LEY o de la RAZÓN; nada explica suficientemente la verdad que se revela en la muerte de Jesús, pero se puede llegar a intuir y, cuando eso ocurre, se alcanza una nueva VISIÓN (no un “saber” o una “posesión”).

La estructura del evangelio evidencia que la VISIÓN es el último paso que el autor propone en el itinerario espiritual del lector en cada una de las etapas. La superación de la crisis es posible a través de la apertura a una nueva VISIÓN. Veámoslo:

* La primera parte, la sección del lago termina con el episodio del ciego de Betsaida (8,22-26), inmediatamente antes de la confesión de Pedro en Cesarea de Felipe (8,27-30).

* A partir de ahí, comienza la sección del camino que llega hasta la entrada de Jesús en Jerusalén (11,1-11), pero, inmediatamente antes de este episodio, el camino termina con la curación del ciego de Jericó (10,46-52).

* Finalmente, la última etapa, la que se desarrolla en Jerusalén, termina con la promesa que el ángel hace a las mujeres en la tumba vacía (16,1-8): si sois capaces de restablecer el seguimiento, él restaurará la VISIÓN (16,7).

Estos textos invitan al lector a proseguir el proceso de iniciación cristiana que ha empezado por abrirse progresivamente a la visión de la fe: una visión al principio difícil y confusa, como la del ciego de Betsaida (8,22-26), y cada vez más firme, como la del ciego de

Jericó (10,46-52), hasta llegar a la misma confirmación divina de los acontecimientos pascales, que finalmente invitan a volver a la vida ordinaria (Galilea), lugar donde se recuperará una visión renovada del crucificado resucitado (16,7).

Todos estos episodios de visión tienen una réplica previa que actúa de preparación, contraste e iluminación de su contenido:

* Al ciego de Betsaida (8,22-26), le corresponde la curación del sordomudo (7,31-37).

* Al ciego de Jericó (10,46-52), le corresponde la llamada del hombre rico (10,17-22).

* Al mensaje pascual (16,1-8), le corresponde el calvario (15,33-41).

Estudiaremos aquí el episodio del ciego de Jericó (10,46-52), ya que contiene la clave que el autor quiere dar al lector para encarar los acontecimientos pascales (capítulos 11-16).

Fijémonos en algunos elementos:

Jericó	Josué 6,1: Jericó es la puerta de entrada a la tierra prometida, es la primera conquista. Aviso al lector: estamos ante la promesa, el núcleo del evangelio (capítulos 11-16), pero sólo podrá entrar el que tenga las actitudes del ciego. Es una catequesis sobre la óptica que hay que alcanzar para abrirse a los acontecimientos pascales de los siguientes capítulos. Será la fe del ciego la que permitirá ver, es decir, descubrir a Dios allí donde externamente sólo aparece el fracaso.
Junto al Camino	Hechos 9,2: el “camino” es la designación que recibía la enseñanza y el grupo que seguía a Jesús, antes de llamarse “cristianos” (cf. Hechos 11,26). Esta denominación se inspiró probablemente en la experiencia itinerante de los orígenes (cf. 8,27; 9,33-34; 10,17.32.46.52) y como una alternativa al camino que otros grupos religiosos de la época proponían para cumplir la ley (cf. los escritos de Qumrán).

<p>Empezó a gritar: - Hijo de David, Jesús! Todos le regañaban.</p>	<p>Esta actuación es análoga a la de los endemoniados de los primeros capítulos (cf. 1,24; 3,11; 5,5.7; 9,26). Los discípulos practican lo que han visto hacer a Jesús en estos casos: un exorcismo. Sólo Jesús discierne la situación y sabe reconocer una necesidad que precisa de otro tipo de respuesta.</p>
<p>Jesús se detuvo y dijo: - Llamadlo.</p>	<p>Jesús adapta el ritmo de su camino a los acontecimientos que se presentan, especialmente al paso de los necesitados.. Los discípulos se convertirán en mediadores de la palabra de Jesús (“Ánimo, levántate, que te llama”), pero el término utilizado no tiene tradición teológica, es confuso. Hay que saber que en griego hay dos verbos que significan “llamar”, uno siempre se usa para indicar una vocación o llamada a desarrollar una misión divina (“kaleo”), mientras que el otro se utiliza en las situaciones prosaicas y ordinarias, cuando alguien quiere llamar la atención de otra persona, sin ningún tipo de trascendencia (“foneo”). En este texto, el original griego usa el verbo “foneo”, de forma que, en principio, al ciego no le llega ningún tipo de “vocación”.</p>
<p>Él soltó el manto.</p>	<p>Ex 22,25-26: el manto es la única pieza que no se podía arrebatar al pobre en caso de deuda, ya que el derecho a la subsistencia prevalecía sobre el derecho a la propiedad (el manto lo protegía del frío de la noche, era su seguridad social). El ciego, sin verificar si los mediadores son fieles a la palabra de Jesús, sin saber qué podrá hacer Jesús o cuál es el contenido exacto de la llamada, abandona el manto, y se fia de lo que le han dicho.</p>
<p>- Tu fe te ha salvado. Y lo seguía por el camino.</p>	<p>Allí donde sólo había una posibilidad, la fe del ciego la ha convertido en realidad. La fe ha convertido una ambivalente palabra de Jesús en una llamada diáfana que lo ha incorporado definitivamente a su comunidad.</p>

Contrastemos ahora este episodio con la llamada al hombre rico, que tiene lugar muy poco antes (10,17-22):

- El hombre rico está rodeado de gente, vive con la gente, en medio de la ciudad.
- El ciego está fuera de la ciudad, al margen de la sociedad.

- El hombre rico está entre los que siguen a Jesús por el camino: pertenece a la comunidad de Jesús o forma parte de sus simpatizantes.
 - El ciego está solo; es de los de fuera; es de los otros; está al margen del camino.
-
- El hombre rico es bueno y piadoso, no sólo porque cumple los mandamientos desde su juventud, sino porque es rico, es decir, bendecido por el favor divino, según la tradición judía.
 - El otro no goza de esta bendición y, además, su ceguera será consecuencia del pecado (suyo o de otro), según la tradición judía.
-
- El hombre rico VE directamente a Jesús y se presenta personalmente ante él.
 - El ciego OYE hablar de Jesús a través de sus seguidores.
-
- El hombre rico es virtuoso: persigue la perfección espiritual, la vida eterna, los bienes celestiales.
 - El ciego se muestra materialista y de bajas aspiraciones: busca un beneficio inmediato, tangible, corporal...
-
- El hombre rico es aparentemente dinámico, emprendedor: corre hacia Jesús, se pone en medio...
 - El ciego permanece sentado, inmóvil, aparentemente pasivo: se mantiene al margen mientras Jesús no le llama.
-
- El hombre rico pregunta educadamente, delicadamente.
 - El ciego grita escandalosamente, molesta.
-
- El hombre rico llama a Jesús “rabbi” (maestro), y lo califica explícitamente como “bueno” (cf. 12,32.34).
 - El ciego, al gritar cada vez más “Jesús, Hijo de David...”, parecía estar fuera de sí, endemoniado como los demás que hacían también lo mismo (cf. 1,24; 1,34; 3,11; 5,5.7; 9,26).
-
- Los discípulos asisten con reverencia y discreción al diálogo de Jesús con el rico.
 - Y en cambio riñen al ciego, como habían visto que Jesús hacía con los endemoniados (cf. 1,25; 1,34; 3,12; 5,8; 9,25).
-
- El hombre rico cumple los mandamientos desde joven.
 - El ciego no hay forma de que obedezca la orden de los seguidores de Jesús de que se calle.

- Jesús se complace con el hombre rico: “se le quedó mirando con cariño...”, nadie en el evangelio recibe una mirada de tal densidad por parte del Señor.
 - En cambio, el ciego detiene el camino de Jesús, lo importuna, no le deja avanzar...
-
- Jesús habla directamente con el hombre rico.
 - Pero los demás mediatizan la palabra de Jesús para el ciego: “Llamadlo”.
-
- El rico recibe una vocación clara, diáfana, inconfundible: “Anda, vende... y luego sígueme”.
 - El ciego recibe una insinuación oscura, mediatizada, ambivalente, a través de una palabra sin tradición y presigio, y por mediación de otros: “Ánimo, que te llama...”.
-
- El hombre rico pregunta qué tiene que hacer él para ser perfecto.
 - El ciego pide a Jesús que lo haga.
-
- El hombre rico quiere AUMENTAR su patrimonio añadiendo, a lo que tiene, la vida eterna. Quiere TENER más.
 - El ciego quiere SER vidente.
-
- El hombre rico es incapaz de dejar nada de lo que tiene, incluso después de haber experimentado una mirada amorosa de Jesús (una mirada única en todo el evangelio).
 - El ciego, sin saber si realmente es llamado, y antes de recibir nada, deja lo único que nadie le podía quitar, su manto (cf. Ex 22,25-26).
-
- El hombre rico, pese a la claridad de la llamada, se marcha, se va, es decir, acaba saliendo del camino.
 - El ciego, sin ninguna evidencia de llamada, acaba entrando en el seguimiento de Jesús, “y lo seguía por el camino”.
-
- El hombre rico, al volverse triste, lo pierde todo, ya que, ¿de qué sirve la riqueza, si no alegra la vida?
 - El ciego lo gana todo, porque, si ya es feliz, ¿de qué le serviría la riqueza?

La fe del ciego ha hecho posible lo que sólo era una posibilidad. Esta fe es el peaje que el lector necesita para introducirse positivamente en los episodios pascales, y sobrevivir al escándalo que provocan.



Y finalmente, acerquémonos al episodio de la tumba vacía (16,1-8), una llamada hacia la visión. Hay que decir que el evangelio original terminaba aquí, en el versículo 8, con el silencio de las mujeres; no fue hasta el siglo II que se añadieron unos versículos (16,9-20) para resumir las apariciones que se narraban en los demás evangelios.

A pesar de las advertencias, a medida que avanza el evangelio, Jesús se ha ido quedando solo: son pocos los que han sido capaces de superar el escándalo del Dios que se revela en su persona, sobre todo cuando su trayectoria final se precipita irremisiblemente hacia el fracaso. Al final no queda nadie, “todos le abandonaron” (14,50), el seguimiento quedó suspendido, roto, interrumpido... Sólo las mujeres se muestran capaces de mantener una lealtad que sobrevive al desastre final (15,40-41.47; 16,1).

16,1-2	Las mujeres han hecho los preparativos para ungir el cuerpo de Jesús. Diseñan un plan para poder cumplir con los últimos deberes funerarios (16,1). A la oscuridad del calvario (15,33), le sigue la tenue pero firme luz de la aurora (16,2).
16,3-4	La muerte parece una dificultad insalvable, un obstáculo definitivo para el encuentro con Jesús, con la “gran” piedra que sella radicalmente el acceso a su persona (16,3-4) Confían que Dios proveerá quien les retire la piedra. Quieren dejar al cuerpo de Jesús fijado en el pasado, envuelto (empaquetado, podríamos decir), definitivamente ausente de su futuro. Dios intervendrá, pero para estorbar su plan.
16,5-6	Dios, de nuevo, hasta el último momento se muestra desconcertante, sorprendente, inesperado, imprevisible...: el problema no es la piedra, sino el cadáver. Allí no hay muerte, ni oscuridad, sino vida y, además, vestida “de blanco” (16,5); pero la dificultad de aceptar de nuevo la ruptura de las propias expectativas, sólo les permitirá reconocer en ella “un joven”: mientras busquen un cadáver, estarán lejos de Jesús. “No está aquí” (16,6). Cualquier intento de fijar a Jesús en el pasado, en la nostalgia, en el recuerdo, es decir, en la tumba y en su cadáver, fracasará.

16,7	<p>Él sigue estando en el presente y se mueve (16,7), su dinamismo no se extinguió, se extendió. “Él va por delante de vosotros” (16,7) significa que es posible un nuevo acercamiento a Jesús si se colocan detrás de Él, entrando de nuevo en el seguimiento que había quedado interrumpido ante el escándalo de la cruz. Restaurado el seguimiento, Él restablecerá la visión.</p> <p>Y este encuentro no tendrá lugar</p> <ul style="list-style-type: none"> • en la tumba, donde el presente está prisionero del pasado, • ni en ningún lugar especialmente sagrado (monte, templo...), • sino en Galilea, es decir, en medio de la vida ordinaria, en lo que es habitual, cotidiano... <p>Galilea también es el retorno al capítulo primero de la evangelización (1,14), es la oportunidad de comenzar de nuevo, es la invitación a revivir la experiencia de seguimiento que allí se había iniciado (1,16-20) y que ahora se ofrece de nuevo (16,7). Sólo se puede ir detrás de Jesús y restaurar el seguimiento, si uno va en la dirección que Él ha tomado y en la que nos lleva la delantera: a Galilea, al inicio del evangelio.</p>
16,8	<p>Pero las mujeres, las únicas que habían podido superar todas las provocaciones de Dios, incluso la muerte, no pueden asumir el hundimiento de las últimas previsiones sobre el cadáver de Jesús (16,8). Estas también pueden fallar, y el temor se apodera de ellas: “Si damos crédito a esta posibilidad, ¿no estaremos persiguiendo a un fantasma? ¿No será una quimera, una ilusión, una proyección consecuencia del deseo?” (cf. 4,37-41; 6,47-51). El pasado fijado en el cadáver es seguro, firme, ya no puede cambiar; aceptar el mensaje pascual exige la renuncia a estas seguridades e instalarse en la intemperie de la fe. Esto les desborda y, finalmente, las mujeres también suspenden el seguimiento y abandonan. Así pues, el centurión queda como el único y mayor exponente de la fe. Finalmente, ahora, una vez derruidas todas las expectativas, es posible el nacimiento de una nueva comunicación con la realidad de un Dios siempre nuevo (trascendente), presente en toda realidad.</p>

Marcos, al poner aquí el punto final de su obra, nos está diciendo: “Amigo lector, visto el silencio de las mujeres, si tú y yo estamos hoy aquí siguiendo a Jesús, entonces nuestra comunidad no es consecuencia de la posible alucinación de unas iluminadas, sino fruto del Resucitado, una prueba fehaciente de su vitalidad e iniciativa”.

* * *

Hemos visto que cada etapa tiene distintas fases dentro de la obra (distintas llamadas, distintos momentos de crisis y de visión) y, además, parece que se articulan secuencialmente, de modo que podríamos intuir un itinerario circular (tres ciclos: capítulos 1-8; 8-10; 11-16), pero en una progresión vertical que avanza en espiral desde el catecúmeno hasta el creyente adulto, que siempre es nuevamente invitado a recomenzar el evangelio (el final reenvía al inicio, “id a Galilea”, 16,7), partiendo de la situación y con la luz adquirida en el recorrido que haya hecho hasta aquel momento.

Con este proceso, Marcos ha querido recuperar la esencia apostólica de su comunidad, que deberá sentirse nuevamente enviada a revivir el evangelio en su presente.